



Guatemala en la encrucijada

Marco Vinicio Mejía Dávila
Director del IPNUSAC



En el número 244 de la Revista Análisis de la Realidad Nacional aportamos algunos elementos para examinar cómo hemos llegado a una democracia fallida. El sistema se debate entre silencios y olvidos. Los trabajos de la memoria en que participó Edgar Alfredo Balsells Tojo buscaban la verdad como presupuesto para alcanzar la justicia. En general, la población no conoce ni comprende las dimensiones de la represión sufrida durante 34 años y 10 meses. Esa es la duración del enfrentamiento armado interno —al cual evitan llamarlo por su nombre, guerra— periodo establecido por la Comisión para el Esclarecimiento Histórico.

Voltear la mirada a nuestros héroes culturales, como Manuel Colom Argueta, es establecer un referente para pensar e interpretar las luchas sociales por una mejor Guatemala. El propósito es incorporar una mirada más amplia en el tiempo y en el espacio. Es primordial saber de dónde venimos para comprender cómo llegamos a un sistema que se legitima por medio del electoralismo.

A más de 26 años de la suscripción de los Acuerdos de Paz nos encontramos

en otra confrontación. Continúa la polarización y el discurso de odio repite los lemas de la contrainsurgencia. Porfían en el simplismo de escoger entre derechas e izquierdas. Hay trivialización en las propuestas de los políticos, como uno de los resultados de las banalizaciones que reproducen las redes sociales. Los partidos políticos dejaron de ser los mediadores entre el Estado y la sociedad civil. Estos vehículos sufragistas se convirtieron en negocios de tribus, clanes y grupos, empeñados en mantener los privilegios y canonjías a la sombra del Estado. No son espacios de encuentro y entendimiento como los concibieron los integrantes de la brillante promoción en que destacó Manuel Colom Argueta.

Los textos que presentamos revisan las memorias individuales y las sociales. Pasamos revista entre lo ocurrido — como historia— y sus significados — como memorias—, labor que continúa como desafío para nuestra Universidad de San Carlos de Guatemala. Nuestra Casa de Estudios era una trinchera para los radicales. Otros la convirtieron en la «reserva moral» de los pueblos para enfrentar los excesos del poder.

Ahora, Guatemala se encuentra en otra encrucijada. Hubo guerra para que las personas no estuviéramos al servicio del Estado. Ahora en la posguerra es muy difícil reconocer cómo lograron los poderes reales —el narcotráfico y la criminalidad organizada—, que permanezcamos al servicio del sistema.

Nuestra aspiración, en esta ardua reorganización del IPNUSAC como un genuino tanque de pensamiento, es aportar al debate académico y cívico,

comparativo y transnacional. Los trabajos de los analistas Cristhians Castillo, Darío Monterroso y Jacqueline Rodríguez tienen como hilo conductor que nos encontramos en un «estado del malestar». Este es resultado de la desarticulación del Estado, lo que impide dar respuesta a las expectativas de la población. El malestar es evidente ante la falta de satisfacción de las necesidades básicas y de los intereses más significativos.



El «Estado invertebrado» también se manifiesta en la degradación del Lago de Amatitlán. Gradualmente el espejo de agua se convierte en un pantano ante la carencia de políticas públicas del ambiente en distintas dimensiones, desde la sociopolítica, biológica y física, hasta la carencia de servicios sociales del sector público y la exclusión cada vez mayor de segmentos de la población. Por un lado, están quienes fueron relegados a la economía informal de subsistencia y baja productividad. Por el otro, la destrucción del hábitat como resultado de las desigualdades socioeconómicas y la indolencia en los hogares atrapados en el consumismo como cultura de enajenación, en la cual

lo desechado termina por acumularse en ríos, lagos y mares.

Guatemala tuvo la oportunidad en el proyecto político impulsado por Manuel Colom Argueta de encontrar la solución en una «tercera vía», basada en una economía mixta de bienestar. Es primordial la recuperación del potencial del sector público y el mercado en una instancia de macro regulación colectiva. Esto posibilitaría las inversiones necesarias para financiar un crecimiento con mayor integración social. Esta mirada distinta de la realidad nacional no la encontramos en la cacofonía de los candidatos a elección popular en 2023.



Esta edición mantiene el hilo conductor sobre la memoria como la base de la identidad. El texto del periodista palestino Ramzy Baroud nos recuerda que el 15 de mayo se cumplen 75 años de «la catástrofe palestina», conocida como *Nakba*. El judeocristianismo que irrumpió hace 500 años —con la primera incursión de Pedro de Alvarado en lo que ahora es Guatemala—, a pesar del paso de los siglos ha mezclado y confundido el Estado de Israel con el Israel sobrenatural. En Tierra Santa la narrativa de la identidad palestina se sitúa en el ámbito de la confrontación nacionalista entre palestinos e israelíes. Estas posturas se imbricaron a través de historiografías y mitos fundacionales.

La diplomacia guatemalteca es cómplice de la creación del Estado de Israel en 1948. La invasión y usurpación de los sionistas originó la resistencia palestina. El Estado israelí ha ejercido la dominación cultural e impuso un régimen oprobioso de Apartheid, en abierto desafío al Derecho Internacional Público y las resoluciones de la Asamblea General de Naciones Unidas. Los diplomáticos guatemaltecos soslayan que los israelíes pretenden ocultar a los «otros».

Desde la invasión de lo que ahora es Guatemala, los pueblos originarios han sufrido toda clase de exclusiones. Moisés

Gómez Cortez ilustra cómo el racismo y el colonialismo se han propuesto imponer la ladinidad como estrategia ideológico-política. Ante esta dominación, la población que reconoce y ratifica su ascendencia maya, ha definido su identidad en todos los órdenes posibles. En cambio, la población mestiza es negacionista del doble origen de su identidad y recurre al racismo radical. Mientras en los pueblos originarios hay sentido de pertenencia, la ladinidad no reconoce sus orígenes, los cuales pueden ser rechazados ideológicamente, pero nunca ontológicamente. La encrucijada guatemalteca también está en quienes no saben, pues no pueden renunciar al sentido y la conciencia de pertenencia histórica. Y es que la identidad subyace en la memoria colectiva.

La esencia cultural que define la identidad de los pueblos originarios se mantiene desde los albores de los tiempos. De manera parecida a quienes invadieron Palestina —para tratar de exterminar a los habitantes nativos—, en Guatemala quienes son el resultado de la invasión española se encuentran ante la enajenación de su propia historia. Hay una «cultura madre», profunda, con la que deben reconciliarse los mestizos o ladinos. Solo así podrán dar el paso más importante para su descolonización.